

El tabernero soltó una estrepitosa carcajada.

—¡Ah! ¡Qué gracia!... Leones... ¿para qué?...

—¿No los hay, pues, en Argelia?

—¡Jamás he visto ninguno! Y, sin embargo, hace veinte años que habito esta provincia; pero me parece haber oído decir en los periódicos... Mas es muy lejos, allá, al Sur...

En aquel momento llegaron delante del figón, que se parecía en todo á los que, situados en caminos y carreteras, llaman ventas ó ventorrillos, que tenía una rama de pino colgada encima de la puerta, y este letrero, que no dejaba de ser significativo:

LA CITA DE LOS CONEJOS



Esta primera aventura hubiera bastado para desalentar á muchas personas; pero hombres del temple de Tartarín no se abaten tan fácilmente.

—Los leones están en el Sur, pensó el héroe; pues bien, iré al Sur.

Y cuando acabó su desayuno, se levantó, dió las gracias al tabernero por su fineza, abrazó sin rencor á la vieja, vertió una última lágrima en recuerdo del pobre Negrito, y volvió apresuradamente á Argel á buscar su botiquín, sus conservas y sus cajas de armas.

No se tomó más que el tiempo preciso para inspeccionar su convoy, y al cabo de algunas horas el intrépido tarasconense iba en diligencia por el camino de Blidah.



TERCER EPISODIO

EN EL PAÍS DE LOS LEONES

XVI

Tartarín en el ómnibus.

BLIDAH! ¡Blidah! gritó el mayoral.

Y vagamente, á través de los cristales empañados por el aliento, Tartarín de Tarascón divisó una plaza muy bonita, rodeada de arcos y plantada de naranjos, en la que algunos soldados hacían el ejercicio aprovechando el fresco de la mañana.

Los cafés se abrían, y en una esquina se veía un mercado de verduras.

Era encantadora aquella perspectiva; pero nada le olía á león.

—¡Al Sur! ¡Más al Sur! murmuró el buen tarasconense hundiéndose en su rincón.

En aquel momento la portezuela se abrió. Una bocanada de aire fresco entró en el coche, trayendo en sus alas el perfume del azahar, y subió al coche un caballero muy bajito, viejo, seco, arrugado,

con una cara del tamaño del puño, una levita color de avellana, una corbata de media cuarta de ancho, una gran cartera de piel debajo del brazo, y un enorme paraguas.

La vera efigie ciertamente de un notario de pueblo.

Al ver el material de guerra del tarasconense, el diminuto señor, que se había sentado enfrente de nuestro héroe, pareció en extremo sorprendido y se puso á mirar á Tartarín con una insistencia algo incómoda.

Relevaron el tiro, la diligencia echó á andar, y el nuevo viajero no apartaba la vista de Tartarín, hasta que por fin éste, molesto por la insistencia insolente de su vecino, le dijo mirándole á su vez cara á cara:

—¿Mi equipo os admira?

—¡No, me incomodal repuso el otro con mucha calma.

Y la verdad es que con su tienda arrollada al cuerpo, su revólver, sus dos fusiles enfundados, su cuchillo de monte y su corpulencia, ó sea su excesiva humanidad, Tartarín de Tarascón ocupaba mucho sitio.

La respuesta de su compañero de viaje le enfadó.

—¿Os imagináis, por casualidad, que había de ir á matar leones con un paraguas? replicó el gran hombre con fiereza.

El pequeño señor miró su quitasol, se sonrió con dulzura y dijo, siempre con la misma calma:

—¿De modo que sois?...

—¡Tartarín de Tarascón, matador de leones!

Y pronunciando con énfasis estas palabras, sacudió, como si fuera una melena, la borla azul de su *chechia*.

Entre los compañeros de viaje hubo un movimiento de estupefacción.

Un trapense se persignó, las señoras soltaron un grito de espanto, y un fotógrafo de Orleansville se aproximó al matador de leones pensando ya en la honra insigne de hacer el retrato de tan valiente hombre.

El diminuto señor no se inmutó.

—¿Habéis matado muchos ya, señor Tartarín? preguntó muy tranquilamente.

—¡Ya lo creo! Y os deseo que tengáis siquiera tantos cabellos como leones he hecho morder el polvo.

Y todos los viajeros soltaron la carcajada, mirando los tres pelos amarillentos y tiesos que adornaban el cráneo del pequeño viajero.

El fotógrafo de Orleansville tomó á su vez la palabra.

—Es una penosa profesión la vuestra, señor Tartarín... Se pasan algunos momentos... y si no, ese pobre señor Bombonnel...

—¡Ah, sí, el matador de panteras! dijo Tartarín con aire desdeñoso.

—¿Le conocéis? preguntó el viejecito.

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo que le conozco!... Hemos cazado más de veinte veces juntos.

Su interlocutor se sonrió.

—¿Cazáis también la pantera, señor Tartarín?

—Algunas veces, á modo de pasatiempo, dijo el ya irritado tarasconense.

Y añadió levantando la cabeza con gesto irónico:

—Esa caza no puede compararse nunca con la del león.

—En verdad, dijo el artista, que la pantera no es otra cosa que un gato muy grande...

—Justamente, dijo Tartarín, que no sentía rebajar la gloria de Bombonnel, y sobre todo delante de las señoras.

En aquel instante la diligencia paró, y el conductor, abriendo la portezuela, dijo dirigiéndose al anciano con mucho respeto:

—Habéis llegado, caballero.

Éste se levantó, bajó, y antes de marcharse, dijo:

—¿Queréis que os dé un consejo, señor Tartarín?

—Hablad, caballero.

—A fe mía, me parecéis un hombre de bien y no rehusó deciros lo que pienso...

Volvéos pronto á Tarascón, señor Tartarín; aquí perderéis el tiempo. Y si bien es verdad que aún quedan algunas panteras en la provincia, es una caza demasiado despreciable para vos... En cuanto á los leones, se acabaron ya. No queda ninguno en Argelia, pues mi amigo Chassaing acaba de matar el último.

Y el señor pequeño saludó, cerró la portezuela y se fué riendo, con su cartera debajo del brazo y su paraguas en la mano.

—Mayor, ¿quién es ese infeliz? preguntó Tartarín haciendo una mueca.

—¡Cómo! ¿No le conocéis? Es el señor Bombonnel.

¡Tartarín se había lucido!

XVII

Un convento de leones.

TARTARÍN de Tarascón se apeó en Millianah, y la diligencia siguió su camino hacia el Sur.

Dos días de continuo traqueteo, dos noches pasadas con los ojos abiertos mirando por la portezuela á ver si divisaba en los campos ó en las orillas de la carretera la sombra espantosa del león, tantas emociones y tantos insomnios, bien merecían que nuestro héroe descansara algunas horas.

Y luego, en honor de la verdad, es preciso convenir en que desde su mala ventura con el Sr. Bombonnel, el leal tarasconense, á pesar de sus armas, de su terrible mueca y de su gorro colorado, no se hallaba á gusto en presencia del fotógrafo de Orleansville ni de las señoras.

Echó á andar, pues, por una, que le pareció mejor, de las calles de Millianah, que las tiene hermosas, llenas de frondosos árboles y de fuentes, y buscando una fonda que le conviniera, Tartarín no dejaba de pensar en las palabras de Bombonnel...

¡Si fuera verdad que ya no quedaban leones en Argelia!...

¿De qué le servían entonces tanto viaje y tantas fatigas?

De repente, al revolver una esquina, nuestro héroe se halló enfrente... ¿De qué? Adivinadlo... De un hermoso león que esperaba delante de la puerta de un café, sentado en sus cuartos traseros y con su magnífica melena iluminada por el sol.

—¿Pues no decía que ya no quedaba ninguno? exclamó el tarasconense dando un salto atrás.

Al oír esta exclamación, el león bajó la cabeza, y cogiendo con los dientes un

cuenco de madera que se hallaba en el suelo al alcance de su boca, lo presentó humildemente á Tartarín estupefacto... Un árabe que pasaba por allí, echó una moneda en la escudilla, y el animal meneó la cola... Entonces Tartarín lo comprendió todo; vió lo que la emoción le había impedido ver antes: un gran gentío agrupado alrededor del pobre león, que era ciego, y dos grandes negros armados con garrotes que le paseaban á través de la ciudad, como los saboyanos á sus marmotas.

La sangre del héroe dió un vuelco.

—¡Canallas! gritó con voz de trueno. ¡Humillar de ese modo á tan nobles animales!

Y lanzándose hacia el león, arrancó la inmunda escudilla de entre sus mandíbulas reales. Los dos negros, creyendo hárselas con un ladrón, se echaron sobre el tarasconense con los garrotes levantados... Fué una terrible reyerta. Los negros pegaban, las mujeres chillaban, los niños se reían y hasta el león, aunque ciego, ensayó un rugido.

El desgraciado Tartarín, después de una lucha desesperada, rodó por el suelo entre las monedas y la basura.

Por fortuna, en aquel momento un hombre atravesó por en medio del gentío, apartó con un gesto á los chiquillos, dijo dos palabras á los negros y levantó á Tartarín, le cepilló y le sentó en un guardacantón para que recuperara el aliento.

—¡Cómo! ¿Sois vos, Príncipe? dijo el infeliz Tartarín, frotándose el cuerpo.

—Sí, mi valiente amigo, yo soy, dijo el príncipe montenegrino; el seductor príncipe del buque de Marsella, que tengo la dicha de llegar á tiempo para salvaros de

la brutalidad de esos tunantes... ¿qué habéis hecho para ser tratado de ese modo?

—¡Qué queréis, Príncipe! No he podido ver con sangre fría á ese desgraciado león con el cuenco en la boca, humillado, vencido y sirviendo de mofa á todos esos andrajosos musulmanes.

—Pues os equivocáis, mi querido amigo. Por el contrario, ese animal es para ellos un objeto de respeto y de adoración. Es sagrado, y forma parte de un gran convento de leones, fundado hace trescientos años por Mahommed-ben-Aouda, una especie de comunidad trapense, formidable y feroz, rugiente y despidiendo olor á fieras, en donde frailes muy raros educan y amansan centenares de leones, enviándolos después por todo el África septentrional, acompañados por los hermanos mendicantes. Los dones que éstos recogen sirven para cuidar del convento y de la mezquita, y si los dos negros han demostrado tan mal humor y os han maltratado tan cruelmente, es porque están convencidos de que por un solo céntimo perdido ó robado por su culpa, el león que llevan los devoraría inmediatamente.

Tartarín se deleitaba oyendo este inverosímil relato, y aspiraba ruidosamente el aire.

—Lo que más me gusta en todo cuanto me decís, es que, por más que diga el señor Bombonnel, hay todavía leones en Argelia.

—¡Si los hay! exclamó el Príncipe con entusiasmo. Desde mañana iremos á dar una batida en la llanura de Cheliff y ya veréis...

—¡Cómo, Príncipe! ¿Tenéis la intención de cazar vos también?

—¡Pardiez! ¿Creéis acaso que os dejaré ir solo en plena África, en medio de esas tribus feroces de las que ignoráis el idioma y las costumbres?... ¡No, no, ilustre Tartarín, no os abandono ya!... Por donde quiera que vayáis, os acompañaré.

—¡Oh, Príncipe, Príncipe!

Y Tartarín, radiante de alegría, dió un abrazo al donoso extranjero que se llamaba Gregory, pensando con orgullo que, como Julio Gerard, Bombonnel y todos los más afamados matadores de leones, tendría él también un Príncipe para acompañarle en sus cacerías.

XVIII

La caravana en marcha.

Primera hora del día siguiente, el intrépido Tartarín y el no menos denodado príncipe Gregory, seguidos por media docena de mozos negros, salían de Millianah y bajaban hacia la llanura de Cheliff por una deliciosa pendiente llena de jazmines, tuyas, aromos, algarrobos y olivos, entre los que serpenteaban unos cuantos riachuelos, que saltaban juguetones y murmurantes de roca en roca.

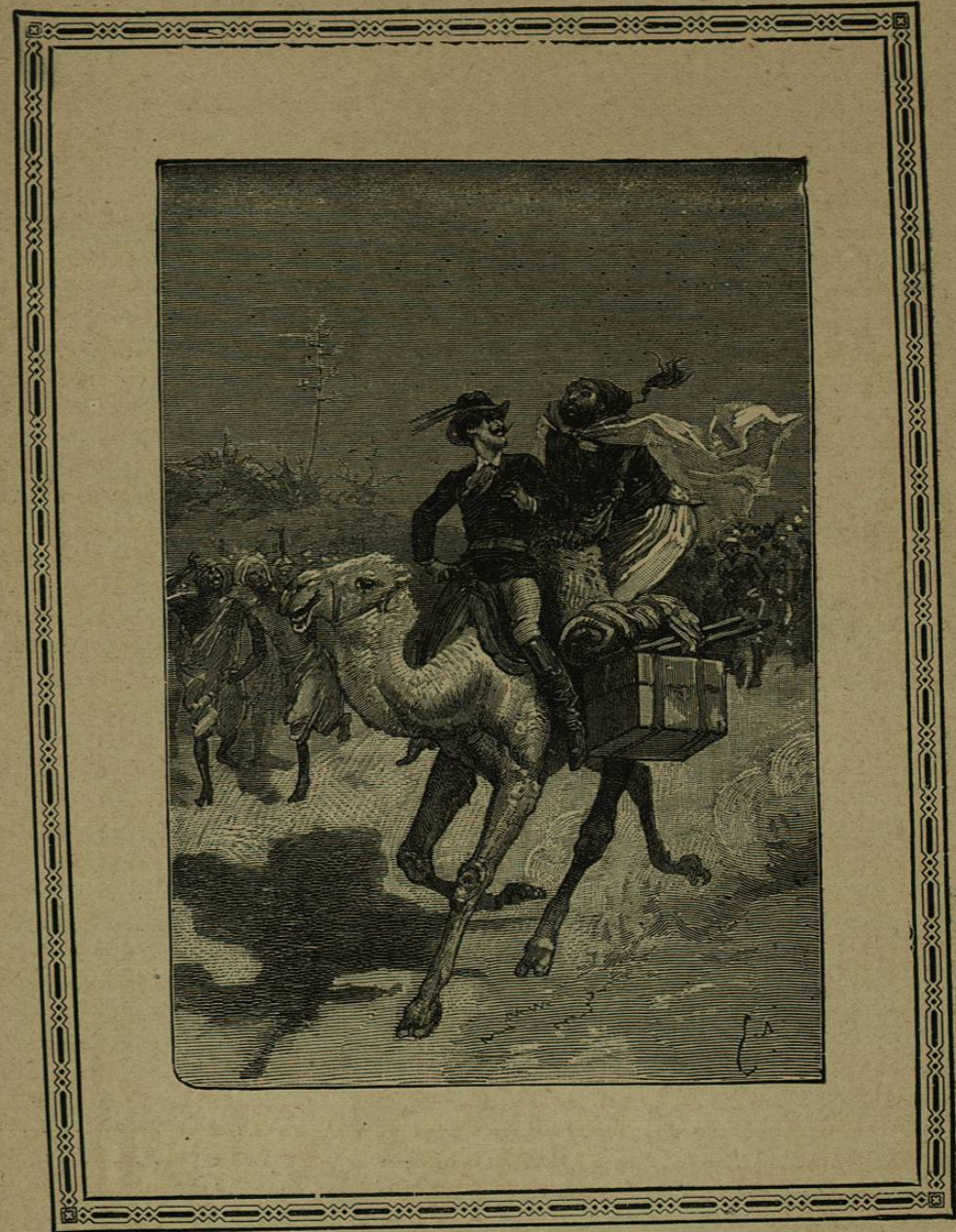
Un paisaje del Líbano.

Los mozos, descalzos, brincaban por encima de aquellos arroyuelos, chillando como monos, y los indígenas que pasaban

por allí se inclinaban hasta el suelo delante de nuestros viajeros. Allá arriba, en los baluartes de Millianah, el jefe de la plaza, que tomaba el fresco de la mañana con su señora, viendo armas que brillaban entre las ramas, creyó que iban á atacarle y en seguida mandó alzar los puentes levadizos y tocar á generala, dictando las órdenes más adecuadas para una enérgica defensa.

¡Buen principio para la caravana!

Y no ocurrió esto solo, pues antes de concluirse el día, otras contrariedades asaltaron á nuestros viajeros.



¡Apeémonos, apeémonos!... murmuró Tartarín.

De los negros que llevaban los equipajes, uno fué atacado de un cólico atroz, por haberse comido el aglutinante encerrado en el botiquín, y otro cayó en la orilla del camino, borracho perdido de aguardiente alcanforado. El tercero, el que llevaba el álbum de viajes, seducido por las relumbrantes rinconeras y los dorados broches, y persuadido de que tenía en las manos los tesoros de la Meca, huyó con su carga hacia Zaccar.

Al ver tales contratiempos, la caravana hizo alto á la sombra de una vieja higuera, para deliberar respecto á lo que podría serles más conveniente.

—Mi parecer es, dijo el Príncipe, procurando, aunque en vano, desleir un poco de extracto de carne en una cacerola perfeccionada; mi parecer es que desde esta noche despidamos á los negros... Hay muy cerca de aquí un mercado árabe, y lo mejor que podemos hacer es llegarnos allí y comprar unos cuantos borriquillos...

—¡No!... ¡No!... ¡Nada de eso!... interrumpió con viveza el gran Tartarín, que se puso muy colorado acordándose del Negrito.

Y añadió el muy hipócrita:

—¿Cómo queréis que esos animales tan pequeños puedan llevar todo nuestro material?

El Príncipe se sonrió.

—Os equivocáis, mi ilustre amigo. Por delgado y débil que os parezca, el *bourriquot* argelino tiene mucha fuerza...

—¡No me importa! repuso Tartarín de Tarascón; no me gusta una caravana de burros; hace mal efecto... Quisiera una cosa más oriental... ¡Si pudiéramos tener un camello!...

—Todos cuantos queráis, respondió Su Alteza.

Y se pusieron en marcha para el mercado árabe, que se hallaba á algunos kilómetros de allí, en las orillas del Cheliff...

Había en él cinco ó seis mil árabes desaharrapados, moviéndose al sol y traficando ruidosamente entre jarros llenos de aceitunas negras, de pucheros de miel, de sacos de especias, de montones de cigarrillos, de grandes hogueras en las que se

asaban carneros enteros, chorreando grasa, y de carnicerías al aire libre, en las que unos cuantos negros, casi completamente desnudos y con los brazos encarnados, despeaban cabritos colgados de un palo.

Los camellos brillaban por su ausencia.

Sin embargo, á fuerza de buscar, acabaron por encontrar uno. Era el verdadero tipo del camello del Desierto, el camello clásico, calvo, de aspecto triste, con su larga cabeza de beduino, y su joroba, que se había puesto muy blanda por los largos ayunos, caía melancólicamente hacia un lado.

Tartarín le encontró tan hermoso, que quiso que la caravana entera subiera en él...

¡Siempre el entusiasmo por todo lo que era oriental!...

El Príncipe se instaló en el cuello del animal; y Tartarín, para aparecer más majestuoso, se hizo colocar encima de la joroba, entre dos cajones, y desde allí, saludando á toda la concurrencia, dió la señal de marcha...

¡Lástima grande que sus paisanos no hubieran podido verle!...

El camello se levantó, alargó sus piernas y empezó su marcha con celeridad.

Pero ¡oh sorpresa! después de algunos pasos, Tartarín se sintió mal, y la heroica *chechia* tomó una de sus antiguas posturas de cuando estaba á bordo de *El Zuavo*.

El endiablado camello cabeceaba como una fragata.

—¡Príncipe, Príncipe! murmuró Tartarín pálido y agarrándose á la joroba; Príncipe, apeémonos... Siento... siento... que por mi culpa van á burlarse de Francia...

Pero el camello había echado á andar y nada podía detenerle ya.

Cuatro mil árabes corrían detrás de él, descalzos, gesticulando, riendo como locos y enseñando sus blancos dientes.

El gran hombre de Tarascón tuvo que resignarse, y desconcertado, más por la vergüenza que por el mareo, se asió lo más fuertemente que pudo y se dejó llevar, tomando su *chechia* todas las posturas que quiso.